



Fotograma de Django desencadenado, del director Quentin Tarantino.

Los vaqueros negros de EE.UU.

SARFRAZ MANSOOR

LA HOMENAJEADA película Django unchained (desencadenado) del famoso director de cine Quentin Tarantino, es una de las relativamente pocas en Hollywood que narra la historia de un cowboy o vaquero negro.

Pero en realidad, hubo muchos, y algunas de sus historias fueron adaptadas para actores blancos.

La imagen más común de un cowboy es la de un pistolero blanco calzando botas, como John Wayne o Clint Eastwood.

Pero la representación que Hollywood muestra del Viejo Oeste es una versión maquillada de la realidad. Se estima que un cuarto de los cowboys eran negros.

Como muchos, Jim Austin, un empresario de 45 años, nunca había oído hablar de la presencia afroestadounidense en el Viejo Oeste.

Y ese descubrimiento los inspiró a él y a su esposa a crear el Museo Nacional Multicultural del Viejo Oeste en Fort Worth, Texas.

“Rendimos honor a algunos de los vaqueros negros olvidados, hombres como Bill Pickett, un campeón del rodeo que inventó el *bulldogging*, una técnica que consiste en saltar desde un caballo hasta las costas de un buey y derribar al animal mordiéndole los labios”.

“A los niños no les enseñan en las escuelas la realidad de lo que fue el Oeste”, dice Austin.

“Te apuesto a que nueve de diez personas en este país piensan que todos los cowboys eran blancos, como creía yo”.

“En el Viejo Oeste real, no el que muestran las películas, los vaqueros negros eran comunes”.

“A estos les daban, con frecuencia, el trabajo de amansar a caballos que pocos habían montado”, explica Mike Searles, profesor retirado de historia de la Universidad del Estado de Augusta.

A Searles, los alumnos lo conocían como *Cowboy Mike*, porque daba cátedras con un vestuario que incluía espuelas, chaparreras y un sombrero de vaquero.

“Los vaqueros negros eran también cocineros en los *chuckwagon*, especie de carreta adaptada para el transporte y cocimiento de provisiones. También eran buenos cantantes, y de esa forma ayudaban a mantener calma-do al ganado”, cuenta.

“SER UN VAQUERO NEGRO ERA DURO”

Searles dice que su investigación, que incluyó revisar entrevistas con exesclavos de la década de 1930, sugiere que los *cowboys* negros gozaban de una relativa “igualdad en el rancho”.

“Como vaquero necesitabas un cierto grado de independencia”, dice. “No podías tener a un vigilante, porque tenían que ir a caballo muchas veces por varios días”.

La vida era, sin embargo, más dura para los *cowboys* negros que para los blancos.

Vincent Jacobs, de 80 años, un exjinete de rodeo que vive cerca de Houston, Texas, recuerda el

racismo del que era víctima cuando empezó.

“Había rodeos separados para blancos y para negros”, recuerda. “Era duro, muy duro. Solo me dejaban montar cuando todos los blancos habían dejado la arena”.

“Ser un vaquero negro era duro”, concuerda Cleveland Walters, de 88 años, quien vive en las afueras del pueblo de Liberty, en Texas.

“Odio recordar el racismo que sufrí. Cuando había que marcar al ganado, yo era el que tenía que atrapar los animales y mantenerlos sujetos. Quien marcaba era blanco, o sea que los vaqueros negros hacíamos el trabajo más duro y sucio”, expresa.

Tanto Jacobs como Walters crecieron en la década de 1940, mirando películas del Viejo Oeste, pero nunca vieron a un negro en un papel de importancia.

HISTORIAS CON OTRO ROSTRO

Hollywood no solo ignoró a los *cowboys* negros. Usó sus historias de vida como materia prima para muchas de sus películas.

Se cree que **El llanero solitario**, por ejemplo, se inspira en la figura de Bass Reeves, un agente del orden negro que se disfrazaba, tenía a un indigena estadounidense y nunca sufrió un disparo en toda su carrera.

Casi todas las películas del Viejo Oeste han sido protagonizadas por actores blancos como John Wayne.

La película de 1956 **The Searchers (Más corazón que odio)**, de John Ford, fue inspirada en parte en las hazañas de Brit Johnson, un *cowboy* negro cuya esposa e hijos fueron capturados por los comanches en 1865.

En la película, John Wayne tiene el papel de un veterano de la Guerra Civil que pasa su vida buscando a su sobrina secuestrada por aborígenes.

En años recientes, personajes negros han aparecido en varias películas del Oeste, como **Posse (Los justicieros del Oeste)**, **Unforgiven (Los imperdonables)** y **Django unchained (desencadenado)**.

Mientras Hollywood ha empezado finalmente a reconocer a los *cowboys* negros del pasado, su memoria también es honrada por los 200 miembros de la North Eastern Trail Riders Association, una organización de vaqueros y vaqueras modernos.

Estos recorren regularmente más de cien millas (unos 160 kilómetros) en siete días, montados a caballo o en carretas al estilo del Viejo Oeste, desandando los caminos por los que en su momento anduvieron los esclavos.

“Es algo que no está en el imaginario popular. No existe”, dice Searles.

Pero, ¿por qué Hollywood decidió enmascarar la diversidad racial del Viejo Oeste?

“El Oeste se considera con frecuencia la cuna del país, donde los estadounidenses mostraban cuán distintos eran de los europeos”, explica Searles.

“Era en el Oeste donde el hombre blanco mostraba su coraje. Pero si el negro podía también ser héroe y tener todas las características buenas que le atribuyes al blanco, entonces, ¿cómo puedes tratar al negro como un sirviente y un animal?”. (BBC, Texas)

Portugal, un país en demolición

MÁRIO SOARES *

LISBOA.—El actual Gobierno de Portugal es legítimo, porque fue elegido legalmente en junio del 2011. Pero, para ganar las elecciones, el primer ministro Pedro Passos Coelho hizo promesas que no supo cumplir y ha aplicado unas políticas de austeridad extrema que han causado un desastre irreparable a los portugueses.

La percepción de la inmensa mayoría de la población es que estamos soportando el gobierno más destructivo de la historia de la nación. Y que nos encontramos al borde de una ruptura social.

Algunos ministros de este gobierno conservador no pueden salir a la calle sin ser abucheados e insultados, desde el norte hasta el sur del país.

Para enfrentar la crisis, la administración de Passos Coelho solo ha sabido aplicar cortes y más cortes en el presupuesto, de una magnitud nunca vista en la historia portuguesa.

Resultados: el aumento galopante del desempleo y la reducción de los salarios, las jubilaciones e indemnizaciones por despido, junto con una carga fiscal en espiral, han causado una pérdida del poder adquisitivo de alrededor del 12 % de los salarios en el sector privado y de 25 a 30 % en el sector público.

En poco más de un año y medio de administración del gobierno conservador, el desempleo subió de 11 a 17,6 % de la población económicamente activa, el Producto Interno Bruto se redujo en 3,2 % en el 2012 y en este país de 10,6 millones de habitantes hay cerca de un millón de desempleados de los cuales casi la mitad (480 mil) no tienen subsidio de desempleo.

Como si esto fuera poco, el endeudamiento de la nación —el público y el privado— está alcanzando niveles de catástrofe. Según datos de enero, la deuda pública, que en el cuarto trimestre del 2011 ascendía a 107,8 % del Producto Interno Bruto ha llegado a 120,3 %, la más alta en Europa después de las de Grecia e Italia.

El endeudamiento privado es aún más alarmante, ya que entre el 2011 y 2012 subió de 220 a 280,3 % del Producto Interno Bruto.

La caída del ingreso real afecta al conjunto de los asalariados, con la previsible excepción de los sectores económicamente privilegiados, y está destruyendo sistemáticamente a la clase media, lo que es gravísimo para el futuro del país.

Las pequeñas y medianas empresas están en crisis y son numerosas las quiebras. Se acentúa la fuga forzada de cerebros —académicos, científicos, dirigentes de empresas— y una de las más penosas consecuencias es que nuestras excelentes universidades enfrentan dificultades operativas y sufren pérdidas cualitativas.

Al mismo tiempo el patrimonio portugués —desde las propiedades inmobiliarias hasta las empresas— se ha devaluado drásticamente y se vende a precio vil, agravando el desempleo.

Como muestra de la gravedad de la situación socio-económica, hoy en las grandes ciudades estamos viendo personas que hurgan la basura en busca de comida.

No llama la atención que la abrumadora mayoría de los portugueses manifiesten su adversidad a este gobierno con una creciente agresividad. Y la mayor parte de los economistas, incluidos algunos que en el comienzo apoyaban al gobierno, repudian las políticas de austeridad.

Al contrario de lo que afirma Passos Coelho, las cada día más frecuentes protestas populares son profundamente representativas del sentimiento general y del estado de desesperación que aflige a la ciudadanía.

Hace unos días, el ministro de Finanzas, Vítor Gaspar, formuló una especie de autocritica al reconocer que sus previsiones estaban equivocadas. ¿Qué espera, entonces, para abandonar su cargo?

Este gobierno, el peor que hemos sufrido los portugueses, terminará muy mal. Por ello, es oportuno y necesario que Passos Coelho presente cuanto antes la renuncia. (IPS)

* Mário Soares, expresidente y ex primer ministro de Portugal.